

“ESTACIÓN EN CURVA”, segunda novela de JONÁS VEGA

Texto leído por Santiago Gil en el acto de presentación del libro, celebrado en el Gabinete Literario de Las Palmas de Gran Canaria el 29 de junio de 2007.

Se escribe para sobrevivir, para tratar de ordenar un poco el caos del mundo, para huir de la mediocridad y también para exorcizar nuestros demonios interiores. Cada cual escribe por sus razones, y cada uno intenta hacerlo como mejor que sabe. Lo que sí sabemos los que escribimos es que sin hacerlo moriríamos, incluso aunque estuviéramos vivos y nos vieran radiantes y felices por la calle. Jonás Vega Morera escribe porque era inevitable que lo hiciera. Cuando uno lee sus textos, tanto su primera novela, Los amigos circunstanciales, como ahora Estación en curva, se da cuenta inmediatamente de que estamos ante un escritor de raza, arriesgado, valiente, y sobre todo conocedor de los sortilegios de la escritura, de sus ritmos, de sus tonos y de la fuerza de cada palabra.

Jonás seduce escribiendo. No hay una sola palabra que esté puesta de relleno en sus textos. Cuando lees lo que ha escrito, sobre la marcha se reconoce a un gran lector, a un lector exquisito y voraz que nos devuelve parte de lo que él ha ido aprendiendo con los genios de la literatura. Uno cuando escribe también está transmitiendo las formas, los códigos éticos y las concepciones literarias de todos aquéllos a los que se ha ido leyendo a lo largo del tiempo. Jonás, por supuesto, es un digno heredero de esa tradición literaria, un claro ejemplo de que la literatura, lejos de morir, está más viva que nunca; entre otras razones porque la sostienen jóvenes que están llamados a hacer grandes cosas en los próximos años.

El autor de Estación en Curva es alguien valiente y sincero cuando escribe. No desdeña la crudeza y la plasmación real de los deseos, los vicios o las obsesiones. No es fácil dar ese paso, entre otras cosas porque uno teme siempre que se le confunda consigo mismo, que la gente acabe viendo realidad donde sólo hay ficción. Siempre hay mucho de cada autor en todos los personajes y en cada argumento, pero los que viven son ellos. Quienes escriben se limitan a contarlos. Pero en el caso de Jonás también se nos presenta una realidad que estando delante de nuestros ojos, y habiendo estado siempre, ha sido ignorada, tapada y ocultada. No es que tampoco sea fácil escribir por ejemplo sobre sexo y erotismo heterosexual, pero digamos que se ha sido permisivo con quien lo ha hecho. El amor entre hombres se ha tocado durante siglos de forma metafórica, cambiando el autor a su amado, o a su personaje por una mujer o una recreación más o menos abstracta. Ahora, por suerte, se puede escribir de lo que a uno le plazca, aunque ya digo que para ello hay que ser valiente y osado, y Jonás, me consta por cada una de las líneas que he leído, lo es, y mucho.

En el relato que abre el libro y que da título al mismo, Estación en curva, se nos presenta la mezquindad, el racismo y el ocultamiento del amor en una sociedad cerrada y opresiva. A lo largo del texto nos van apareciendo distintas voces, desde la primera persona que se confiesa al narrador omnisciente que todo lo ve y todo lo oye. El personaje, como él mismo dice, va “de confusión en confusión, agarrándose en cada curva, viviéndola intensamente”. Detrás del asesinato y de la búsqueda y el descubrimiento del placer, encontramos a Emilio con todas las miserias y todas las grandezas de cualquiera de nosotros, con su correo electrónico perversión de ángel caído y su huida para encontrar lejos de casa lo que añora y lo que quiere sentir. No olviden nunca que se vive solamente una vez, y en ese caso creo que el bolero no miente, y que hay que tratar de hacer lo que a uno le pida el cuerpo, y sobre todo el alma, siempre y cuando ésta última exista. Eso es lo que trata de buscar todo el rato el personaje, vivir, amar, sentir. Parece fácil, pero en su caso, como en el de otros muchos, la vida no da demasiadas facilidades. Y en medio, claro, tenemos la neurosis, los sentimientos de culpa, los miedos requemados en los recuerdos; y todo lo que va pasando por un cerebro cuidadosamente manipulado para hacer lo que en teoría es

Guía de Gran Canaria

ciudad de Guía

políticamente correcto. Pero muchos deciden hacer su vida lejos de esas mendaces enseñanzas y de las manipulaciones, y el personaje que dibuja Jonás es uno de ellos. Lo podemos encontrar por la calle en cualquier momento, es alguien que vive en nuestra misma ciudad y en nuestro mismo entorno. Porque lo que caracteriza a los personajes y también a los argumentos de este autor es la cercanía a lo cotidiano, lo real y tremenda que presenta buena parte de nuestro día a día, y sobre todo de una realidad cotidiana casi siempre oculta, pero que está ahí, detrás de muchas puertas y al doblar muchas esquinas. Les dejo con una frase que creo que refleja claramente lo que les vengo diciendo y la filosofía que mueve al personaje de este relato: "Nos movemos entre líneas que se parecen para terminar llegando a cualquier estación en curva en la que apearnos".

El segundo relato principal del libro, Las Pasadoras, es otra maravilla literaria del autor. De nuevo nos adentramos en una narración palpitante, que no da la espalda en ningún momento al sexo o al lenguaje más soez, a las voces y las situaciones que el autor se va encontrando por la calle. Nos acercamos a la realidad de la inmigración desde una óptica muy distinta a otras que ya conocíamos: a través de la prostitución masculina. En este relato se combina a la perfección el Jonás con oído y formación literaria con el Jonás periodista, gran periodista, hacedor de una crónica de sucesos en primera persona, o de nuevo jugando con muchas voces, dejando contar la historia desde diferentes puntos de vista y horizontes, desde lo cosmopolita a lo paradisíaco, desde Madrid o París a las dunas de África. Hay una frase que resume en gran medida la forma de encarar la vida de muchos de los personajes que aparecen en el relato: "encontrar placer en no hacer las cosas según lo establecido". Desde ese punto de partida todos los personajes que van apareciendo, los más rastreros, los más maltratados por la vida, los que están en ese mundillo porque quieren y los que se adentran porque no les queda más remedio, los clientes, los que pasan un día, todos están buscando el placer en no hacer lo establecido, o como decía en el relato anterior, en lo que han tratado baldíamente siempre de no enseñarles.

En Las pasadoras, además, hay una recreación memorable y sincera de Madrid, la ciudad que encumbra pero que también mata apenas bajamos la guardia. El callejeo de Madrid aparece por muchos relatos del libro, pero es en este, y un poco también en Un Correo electrónico donde mejor se ve. En el caso de este relato, Jonás Vega aprovecha las distintas estrofas del Pongamos que hablo de Madrid de Joaquín Sabina para describir, creo que muy certeramente, todo lo que da y lo que quita una urbe tan sublime como canalla que tanto amamos los que hemos pasado por ella, y a la que tanto necesitamos volver cada cierto tiempo como quien vuelve a una amante necesaria e inolvidable. La contradicción de Madrid queda clara además en esa canción de Sabina. En su momento, cuando la dio a conocer, terminaba diciendo que si se moría quería que lo llevaran al sur, donde nació, porque allí no quedaba sitio para nadie. Era el Sabina perdedor. El que luego triunfó, sin embargo, ya termina contando que allí ha vivido y allí quiere quedarse, como me imagino que le ocurrirá a Jonás. Cuando se pierde siempre queremos salir corriendo del escenario de nuestras derrotas; si se gana ya no hay quien nos saque del lugar del triunfo, y aunque nos vayamos seguiremos volviendo siempre en el recuerdo. Ese es el Madrid que ha moldeado a Jonás, porque por encima de todo él es un escritor urbano, hijo de su tiempo, que se está moviendo donde se mueven muchas de las principales vanguardias literarias de nuestros días. A lo mejor por aquí puede seguir chocando un poco su crudeza, aunque por suerte también tenemos autores jóvenes que están dando esa pátina de modernidad a las letras de nuestras islas como por ejemplo, por citar sólo un par de nombres en el campo de la narrativa, Alexis Ravelo, Ángeles Jurado o Judith Bosch.

En Jonás, además, nunca se pierde la esencia de su canariedad cuando escribe. Hay una sutileza y una ironía en la que reconocemos el lenguaje de sus abuelas y de nuestros antepasados. Da lo mismo qué se cuenta o dónde se sitúen las historias, entre otras cosas porque yo personalmente creo en la universalidad de las letras, en la palabra como única patria literaria, pero eso no quita para que uno traiga sus voces y las referencias que fue escuchando desde niño. En eso Jonás ha

sido fiel a su esencia. Yo, por lo menos, reconozco al niño y al joven criado en Guía de Gran Canaria cuando leo cada uno de sus textos.

El libro que presentamos esta noche se completa luego con una serie de relatos, algunos de los cuales tuve la suerte de leer hace tiempo. En todos ellos seguimos reconociendo a ese gran autor que es Jonás Vega. No soy de los que vaticinan, ni de los que van por la vida de agoreros, pero si resiste los embates, las pequeñas mezquindades, y además sigue madurando y creciendo literariamente como lo está haciendo, en unos pocos años, Jonás Vega Morera dará mucho que hablar en el panorama literario nacional. Su soltura, sus riesgos y su excelente dominio de las urdimbres literarias creo que le llevarán inevitablemente al éxito, aunque el éxito más importante es escribir bien, y lograr historias creíbles y emocionantes, y ahí yo creo que ya ha llegado.

En esos relatos nos encontramos distintos planos de esa realidad que tan bien retrata el autor a lo largo de todo el libro. Así en *La víctima del skin* nos adentramos en lo sórdido y detestable de la realidad, en el lado de la insidia, el odio y el extremismo, y además lo hacemos a través de un suceso violento y tortuoso en donde se dan cita la homofobia y el racismo.

En *Mi príncipe azul*, por su parte, se nos cuenta una historia de amor muy sui generis entre una soñadora y un terrorista, en donde, tal cual se cita en el libro, "El débil es el que correo electrónico sin medida". Hay mucho erotismo y mucho morbo entre el hombre y la mujer que juegan a excitarse y a salirse de la realidad que viven valiéndose del sexo y del deseo.

Sí me quiero detener en *El secreto de Julián López*, porque ahí sí creo que hay mucho del autor, un trasunto de muchos de sus sueños y de algunas de sus obsesiones. De entrada el personaje se nos presenta diciendo abiertamente que "hace muchos años se empeñó en que quería ser escritor", y que anhelaba escribir un libro y que se lo premiaran, "para vivir de por vida dando charlas", o lo que es lo mismo, para vivir del cuento con el que soñamos todos los que escribimos, esto es, no haciendo otra cosa que leer y escribir todo el día, o por lo menos cuando nos dé la real gana. Hay mucho humor y mucho sarcasmo, como en todo el libro, pero en este caso la ironía se centra en ese mundillo de pequeñas miserias cotidianas y sueños de grandeza que caracteriza el ambiente literario. Además el protagonista también es autor de una sola novela previa, en su caso "El amor antónimo", una obra que yo me atrevería a sustituir abiertamente por ese gran libro de Jonás que es "Los amigos circunstanciales". De cualquier manera todo lo que pasa a ser literatura acaba siempre siendo ficción, por mucho que parezca que se asemeja a la vida y milagros de quien lo escribe. Pero me atrevo a decir que es un relato que les ayudará a conocer un poco más las obsesiones, las pequeñas manías y sobre todo el humor de Jonás.

Por último, el libro se cierra con *Un Correo electrónico*. De entrada este relato ya nos deja las cosas claras desde sus primeras frases: "La verdad es sucia y pordiosera, y el camino para llegar a ella es absurdo y delirante". En este relato nos adentramos en el paro, en el desarraigo y en la impotencia que uno vive cuando se ve expulsado del paraíso de la cotidianeidad. Y en medio de todo ello se nos presenta la asepsia de los despidos laborales en estos días tan tecnológicos y globalizados, pero otra vez nos acercaremos a los caminos erráticos y desolados del alcohol y del sexo como salida desesperada. Nos adentramos en esos bares metafóricos o reales que cierran a los ocho de la mañana, y en los que abren de forma casi inmediata para que los perdedores no dejen de encontrar un rincón donde dejarse morir mansamente de pena y de olvido. De nuevo Jonás nos presenta otro jirón de piel de una realidad que aparentemente se dirige a buen puerto. Pero esa sociedad y ese día a día están llenos de personajes como los que nos presenta tan crudamente el autor. No todos son capaces de verlos, y mucho menos de presentarlos de la manera que él lo hace, sin escatimar lo sórdido o lo sublime, y lo carnal, sobre todo lo carnal. Este libro palpita porque está cargado de verdades, de las distintas verdades que nos cuentan sus personajes y el narrador omnisciente que trata de ir dándole sentido a todos los argumentos.

Tengo con Jonás muchas concomitancias literarias y biográficas. Dejo el análisis de los argumentos para concluir con la persona. Nacimos en el mismo pueblo, estudiamos en el mismo colegio y en el mismo instituto, pasamos por la misma facultad e hicimos nuestros pinitos periodísticos en el mismo diario. Pero todo ese periplo lo hicimos sin apenas coincidir, entre otras cosas porque a ciertas edades la diferencia de diez años es todo un mundo, un abismo casi insalvable. Pero llegados a este punto creo que nos reconocemos en muchos lugares comunes que nos fueron formando en su día. Por ejemplo en los maestros de Lengua y Literatura que tuvimos en el Nicolás Aguiar, yo a Chano Gordillo y los dos a Marisol Betancort; pero sobre todo en la persona que marcó a varias generaciones del Norte con su forma de enseñar y de conseguir que nos apasionáramos con la literatura. Hablo de la catedrática María Teresa Ojeda. Sé que ella huye siempre de todos los protagonismos, pero el hecho de que dos ex alumnos suyos se presenten aquí esta noche como escritores de más de una novela es en buena parte gracias a aquellas clases y a su forma de hacernos amar cada uno de los textos que íbamos analizando en tercero de BUP o en COU. Y es que además de Jonás y un servidor, hay otros escritores como Javier Estévez o la poeta residente en Tenerife Ángela Ramos que también reconocen esas influencias y esas formas que tenía de salvarnos de la mediocridad gracias a los sueños y a las palabras. Nos hemos ido dando cuenta de todo eso a medida que hemos ido emborronando folios y apostando por la literatura como un salvavidas indispensable para flotar en este lodazal que se ha ido montando a nuestro alrededor. Por tanto sería injusto no nombrarla y no reconocerle lo que nos ha dado. Y junto a ella, Jonás siempre destaca la figura de su padre como fundamental en esa llegada al mundo de las letras. Su amor a los libros y su facultad para transmitirle la pasión por los mismos tienen mucho que ver, según le he escuchado al propio autor, en su dedicación actual. Parece mentira, pero esas pequeñas influencias a edades tan influenciadas resultan importantísimas, yo diría incluso que vitales. Ya luego es el escritor el que se hace a sí mismo, pero parte de esa primera luz y de esas primeras enseñanzas, en el caso de Jonás, como he dicho, de María Teresa Ojeda y de su padre, Francisco Vega Hormiga.

Jonás Vega Morera se presenta con su segundo libro. Ya no es una promesa ni tampoco flor de un día. Y sé que hay mucho más escrito, y que le queda mucho más por escribir. Moja la pluma en el corazón y en la realidad más cruda. Escribe siempre con sentido, con un ritmo envidiable y con una fuerza tremenda. Nadie podrá decir de un texto suyo que no es creíble. Jamás quedarán impasibles, y si les toca, para encumbrarlos o para dejarlos aliquebrados y por los suelos, es porque es muy bueno en lo suyo. Lo más difícil es hacer que las cosas parezcan fáciles y que parezcan reales como la vida misma. Él lo consigue todo el rato. En sus mundos, con sus obsesiones, con sus miedos y con el sexo que destila la mayor parte de su narración. Está gestando un universo propio reconocible y cercano. Al leer Estación en curva les aseguro que no se quedarán impasibles. Eso sí, para acercarse a sus textos han de dejar los prejuicios y los pudores lejos de donde acontece la trama. Esto es literatura. Se siente o no se siente, llega o no llega, y para que lo haga hay que abrir las puertas y las ventanas y dejar que entre el aire fresco que nos brindan las palabras y las historias que se nos cuentan. Jonás ya sorprendió gratamente con Los amigos circunstanciales. Estación en Curva no hace más que ratificar lo que muchos esperábamos tras leer ese primer texto publicado. Muchas gracias.